

EL PROTESTANTISMO COMO MOVIMIENTO ESPIRITUAL

Lo más esencial en el protestantismo es ser un movimiento espiritual. Dentro de las Iglesias cismáticas no es esencial ni el haber estado lo mismo en oposición entre ellas que contra la Iglesia Católica, ni siquiera las doctrinas heréticas que sostienen o han sostenido. El protestantismo, de manera accidental, ha derivado en cisma o herejía, y esto no porque tratara de avanzar demasiado lejos, sino porque fue apartado de su verdadero camino debido a la influencia de algunos de los mismos defectos de la Iglesia medieval que el mismo protestantismo ambicionaba corregir.

La existencia histórica de iglesias protestantes, tanto en conflicto entre sí como con la Iglesia tradicional, no es el fruto natural del movimiento protestante; es, más bien, el resultado de su fracaso. El protestantismo ha venido a ser lo que es, debido a que los reformadores, de manera especial cuando se vieron forzados a la polémica, desarrollaron una sistematización improvisada de sus principios; ésta los ha deformado al utilizar nociones ambiguas sin ninguna crítica. Estas nociones no constituyen parte de sus intuiciones propias, sino que, por el contrario, son parte de la herencia de la Edad Media decadente que ellos mismos querían reformar.

De aquí ha procedido la tragedia de la Reforma: *es la agonía de los principios espirituales recuperados por los Reformadores bajo el peso de principios intelectuales no criticados, debido a que en aquel tiempo eran admitidos generalmente.*

Pongamos un ejemplo: el mayor principio de la Reforma fue la justificación por la fe. Constituía el redescubrimiento de un principio central tanto de la enseñanza de S. Pablo como de S. Agustín, y al mismo tiempo muy necesario para el ambiente de este tiempo,

en el que los fieles tendían a reducir la piedad a prácticas exteriores, a menudo supersticiosas, y toda la vida cristiana a un moralismo legalista. El mismo Sto. Tomás ya había escrito qué es la fe, y la fe *sola*, la que nos salva, en cuanto que es la única apertura posible a la acción de la gracia divina en nosotros. Lutero, al principio, no pensaba ni decía nada más, y lo decía con una magnífica elocuencia, nacida de lo hondo de su experiencia espiritual.

Pero cuando se vio en la alternativa de oponer la necesidad de las obras, al ser estas independientes de la fe y tener que añadirse a ella como desde fuera, Lutero llega a afirmar que la fe sola, sin obras, es salvadora. Aquí tenemos una alternativa que no era propia de los reformadores, sino una asunción de algo común en su edad. Era, de hecho, el producto típico del ambiente filosófico del nominalismo. Según Gabriel Biel, al no haber esencias reales, nosotros y Dios no nos podríamos distinguir, si no tuviéramos acciones del todo distintas. Como consecuencia, hay que decir que no puede haber ninguna realidad en nosotros que sea al mismo tiempo nuestra y don gratuito de Dios.

Por este camino, el principio espiritual más tradicional y más fecundo de la reforma vendría a dar en una herejía: la de la fe que salva sin obras, sin ninguna transformación de nuestra actividad, ni de nuestro ser. De aquí vendrá, igualmente, el cisma, no como el resultado lógico de la Reforma, pero sí como el testigo permanente de su fracaso. Este fracaso no proviene de una exageración en el desarrollo del principio de la Reforma, sino de una falta de crítica en el uso, no reformado, de la intelectualidad contemporánea.

Si esto es así, resulta una consecuencia muy importante para el ecumenismo. Sería posible la reconciliación entre los protestantes y la Iglesia Católica si estos fueran más fieles (y no menos) a la lógica propia de las intuiciones más primitivas y más hondas de los Reformadores. De la otra parte, lo necesario en la Iglesia para lograr la reconciliación con las iglesias protestantes, no es ningún olvido de su propia tradición, sino un redescubrimiento de su autenticidad; redescubrimiento comenzado en el origen de la Reforma, pero pronto desviado por polémicas superficiales, que han oscurecido su intento más verdadero. Los protestantes que han desarrollado total y puramente sus principios espirituales, están muy cercanos a la Iglesia, aunque ellos no lo saben. Al mismo tiempo la Iglesia Católica ha de ser más (y no menos) católica —más conforme con

su ideal primitivo y permanente— si desea recobrar algún día en su comunión a sus hijos actualmente separados.

Como ha mostrado en su libro sobre "*El Evangelio y la Iglesia Católica*", el arzobispo anglicano de Cantorbery, Dr. Miguel Ramsey, los principios positivos del protestantismo, principios esencialmente espirituales, nunca podrán fructificar plenamente si no es en el seno de la Iglesia Católica tradicional; y la Iglesia Católica no será plenamente ella misma, sino después de haber reconocido, de hecho y no sólo en abstracto, aquellos principios como suyos.

Desde esta perspectiva, la divergencia manifestada dentro de la Iglesia Católica, ya desde el período de la Reforma, adquiere una gran importancia. En el siglo XVI hubo quienes pensaban que el protestantismo era un todo a aceptar o a rechazar; y otros que creían que había que reconocer buenos principios en la fuente del movimiento, y había que desarrollarlos, no fuera, sino dentro de la Iglesia, tanto para dar fin al cisma y a las herejías como para reformar a la misma Iglesia. Entre los primeros tenemos en España teólogos como el dominico Melchor Cano, entre los segundos encontramos a su colega Domingo Soto y al Arzobispo Bartolomé Carranza. En otras partes del mundo cristiano, tenemos un famoso representante de la primera tendencia en el Papa Pablo IV (Carafa) y de la segunda en el cardenal inglés Reginaldo Pole.

Ahora podemos decir que lo más constructivo y durable de la obra reformadora del Concilio de Trento proviene de los esfuerzos de aquellos que miraban a la Reforma con una crítica que podíamos denominar "*simpática*". Así la política eclesiástica de Pole dio lugar a la inesperada reconciliación de la Iglesia de Inglaterra con la Iglesia Católica. Por el contrario, la de Carafa, desembocó en la fatal enajenación permanente del cristianismo inglés. Dentro de la Iglesia Católica, en los momentos en que los Canos y los Carafas han vencido a los Carranzas y a los Poles, ha aparecido un catolicismo triunfalista. Esto ha mostrado durante tres siglos la incapacidad, tanto de reconciliar a los mejores protestantes con la Iglesia, como de retener dentro de la misma Iglesia a muchos de sus mejores hijos en la época moderna.

Simétricamente, dentro del protestantismo, encontramos semejante oposición entre los que creen que lo esencial del protestantismo es su anti-catolicismo, y aquellos que creen que su verdadera esencia es el redescubrimiento de los principios más auténticos del primitivo cristianismo. Los primeros se muestran totalmente incapaces de poder resistir la tendencia del protestantismo de conver-

tirse sólo en una serie de formas religiosas del "pensamiento libre" moderno. Los otros, a través de tres siglos, han constituido con su fidelidad a los primigenios principios de la reforma, un esfuerzo por recobrar lo más esencial de la Iglesia tradicional.

Es lo que se observa ya en la primera mitad del siglo XVII, tanto en Alemania como en Inglaterra. Según la línea pastoral de Arndt, apoyada en la propia pastoral de Lutero, en sus catecismos y su liturgia, tenemos la teología de Juan Gerhard; al igual que la espiritualidad de su casi-homónimo Pablo Gerhardt, desecha la "justificatio forensica", que nos salva sin transformarnos, e interpreta la justificación por la sola fe en la sola gracia de Dios en Cristo como una relación actual y vital con Cristo. Esta relación se concreta sobre todo en la experiencia eucarística, aceptada en la fe viva como el principio de una renovación total de la vida humana.

Al mismo tiempo e independientemente encontramos algo semejante en Inglaterra. Esto es característico no sólo de los anglicanos de la "high church", con la herencia de Hooker, Donne o Andriws, sino también (y más aún) de los más grandes puritanos, tales como Goodwin o Rous.

Al contrario, en esta misma época, aquellos que en el protestantismo siguen la inspiración de su anti-catolicismo en oposición al intento de redescubrir al cristianismo en sus fuentes, caen en el racionalismo de Socino o de los latitudinarios, que dan lugar en el siglo XVIII, al deísmo.

Después de las ruinas materiales, intelectuales y espirituales producidas en Alemania por la guerra de los treinta años, el pietismo tratará de reconstruir un protestantismo viviente. Ya desde sus orígenes, con el alsaciano Felipe Spener, es cierto que es una mezcla de sentimentalismo antirracionalista, más subjetivista (y a menudo panteístico) que cristiano, y de evangelismo auténtico. De hecho, vendrá a derivar pronto en escuelas incompatibles: Ortodoxia emocionalista con Francke en la Universidad de Halle; misticismo hondamente turbio y equívoco con Arnold; renovación bíblica, teológica y pedagógica de toda la Iglesia como en Wurtemberg; entusiasmo generoso, misionero y ecuménico, pero demasiado superficial en Zinzendorff... etc.

El pietismo tendrá probablemente sus mejores efectivos en aquellas personalidades que ha recabado, pero que se arraigaban en tradiciones más anchas y hondas, como Wesley en Inglaterra o Terstegen en la frontera entre Alemania y Holanda. Los revivales, por esencia personalistas, pero no por eso individualistas, se muestran

como un primer intento de redescubrir la vida del cristiano como miembro de Cristo en su cuerpo místico. La generación siguiente se pecatará que este cuerpo místico no es una "civitas platónica" invisible, sino una experiencia común de vida en la caridad "de Dios derramada en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. 5,5). De hecho, los nuevos revivales, que caracterizan el siglo XIX, han sido denominados en todo el protestantismo "revivales eclesiales". El movimiento "tractariano de Oxford, dentro del anglicanismo, con Koble, Newmann y Pusey, es el más conocido, Mas, la violencia de la oposición que encontrara en su segunda generación, dio lugar al paso de su neo-catolicismo a un antiprotestantismo. Sin embargo, sus mejores inspiradores, incluso Newmann y a pesar de su conversión, no intentaban renovar la tradición católica auténtica con el fin de agotar o ahogar la Reforma, sino para restituirla a su orientación primitiva y fundamental. Lo mismo se puede decir de otro anglicano del siglo XIX, F. D. Maurice, simpatizante de los "tractarianos" en lo que afirmaban. Para él es sólo lo negativo, y no lo positivo, lo que en el protestantismo se opone a la verdadera catolicidad. Tal era la posición, en Dinamarca de su amigo Gruntvig, en Suecia de Henrik Schar-tan y en Alemania de Wilhelm Löhe. El libro de Löhe, "*Drei Bücher von der Kirche*", junto con el de Newmann, "*The Prophetic Office of the Church*", y el de Maurice, "*The Kingdom of Christ*", han abierto, dentro del protestantismo, el camino ecuménico para una reforma de la misma Reforma. Esta, sin rechazar nada de las grandes intuiciones de Lutero, sobre la justificación por la fe en la *sola* gracia de Dios, ni de Calvino, sobre la santificación que, como cumplimiento de la justificación debe devolvernos enteramente a la *sola* gloria de Dios, habrá de reintegrarlas en la vida de la Iglesia "una, santa, católica y apostólica".

Empero, para que sea posible tal reconciliación es necesario que, dentro de la Iglesia, se manifieste la posibilidad realmente actual de dar a aquellos principios toda la plenitud de sus implicaciones. En este intento hemos de encuadrar principalmente las obras y las vidas de Newmann o de Friedrich von Hügel y, más recientemente, las de Sta. Teresa de Lisieux, de Isabel de la Trinidad o de Edith Stein. La centralidad del inmediato encuentro con Dios en su Palabra viviente, la visión absorbente de la soberanía de la gracia de Dios revelada y comunicada en Cristo y sobre todo el carácter intensamente personal de su vocación cristiana no fuera de o con-

tra la Iglesia, sino en y para ella, los hacen precursores de la armonía restaurada entre la Palabra de Dios y la Iglesia Católica, lo que es decir, de la reconciliación entre el protestantismo, como movimiento espiritual, y la Iglesia Católica, como cuerpo de Cristo viviente y expandiéndose a través de la historia humana.

P. Louis BOUYER